



Jack London

El Rojo

E LEJANDRIA



Jack London

El Rojo

E LEJANDRIA

LIBRO DESCARGADO EN WWW.ELEJANDRIA.COM, TU SITIO WEB DE OBRAS DE
DOMINIO PÚBLICO
¡ESPERAMOS QUE LO DISFRUTÉIS!

EL ROJO

JACK LONDON

PUBLICADO: 1918
FUENTE: PROJECT GUTENBERG
TRADUCCIÓN: ELEJANDRÍA
**EDICIÓN ORIGINAL: MILLS BOON, LIMITED 49, RUPERT
STREET, LONDON, W.1.**

EL ROJO

JACK LONDON

¡Allí estaba!

La súbita liberación del sonido. Mientras lo cronometraba con el reloj, Bassett lo comparó con la trompeta de un arcángel. Las murallas de las ciudades, meditó, bien podrían derrumbarse ante tan vasta e irresistible convocatoria. Por milésima vez intentó en vano analizar la calidad tonal de aquel enorme repique que dominaba la tierra hasta adentrarse en los bastiones de las tribus circundantes. El desfiladero de la montaña que era su manantial resonó con la marea creciente del sonido hasta que desbordó e inundó tierra y cielo y aire. Con el capricho antojadizo de la imaginación del enfermo, lo comparó con el grito poderoso de algún Titán del Mundo Antiguo atormentado por la miseria o la cólera. Más y más alto se elevaba, desafiante y exigente, con tales abismos de volumen que parecía destinado a oídos más allá de los estrechos confines del sistema solar. En él resonaba también el clamor de protesta de quien no tiene oídos que escuchen y comprendan su expresión.

Tal era el capricho del enfermo. Aun así se esforzó por analizar el sonido. Sonoro como el trueno lo era, suave como una campana de oro, fino y dulce como la vibración de una cuerda tensa de plata... no; no era nada de eso, ni mezcla de nada de eso. No había palabras ni semejanzas en su vocabulario ni en su experiencia con que describir la totalidad de aquel sonido.

Pasó el tiempo. Los minutos se fundieron en cuartos de hora, y los cuartos de hora en medias horas, y el sonido persistió, cambiando siempre desde su impulso vocal inicial sin recibir jamás un impulso nuevo: desvaneciéndose, apagándose, muriendo con la misma enormidad con que había brotado. Se convirtió en una confusión de murmullos inquietos y balbuceos y colosales susurros. Poco a poco fue retirándose, sollozo a sollozo, hacia cualquier gran seno que lo hubiera engendrado, hasta que gimoteó susurros mortales de ira y, con igual seducción, susurros de deleite, esforzándose todavía por ser oído, por transmitir algún secreto cósmico, alguna comprensión de importancia y valor infinitos. Se fue reduciendo hasta convertirse en un fantasma de sonido que había perdido su amenaza y su promesa, y devino algo que palpité en la conciencia del enfermo durante minutos después de haber cesado. Cuando ya no pudo oírlo, Bassett miró el reloj. Una hora había transcurrido antes de que la trompeta de aquel arcángel se disolviera en la nada tonal.

¿Era esta, entonces, su torre oscura? —reflexionó Bassett, acordándose de su Browning y mirando sus manos esqueléticas, consumidas por la fiebre. Y el capricho lo hizo sonreír: el de Childe Roland llevándose a los labios un cuerno de batalla con un brazo tan débil como el suyo. ¿Eran meses, o años, se preguntó, desde que oyó por primera vez aquella misteriosa llamada en la playa de Ringmanu? Por más que lo intentara no habría podido decirlo. La larga enfermedad había sido muy larga. En el recuento consciente del tiempo sabía de meses, muchos de ellos; pero no tenía manera de calcular los largos intervalos de delirio y estupor. ¿Y cómo le iría al capitán Bateman del negrero Nari?, se preguntó; ¿y habría muerto ya el borracho contra maestre del capitán Bateman de delirium tremens?

De estas vanas especulaciones, Bassett pasó con desgana a repasar todo lo ocurrido desde aquel día en la playa de Ringmanu cuando oyó el sonido por primera vez y se lanzó a la selva tras él. Sagawa había protestado. Aún podía verlo: su extraño rostro simiesco elocuente de miedo, la espalda cargada con los estuches de especímenes, en las manos la red de mariposas y la escopeta de naturalista de Bassett, mientras decía tembloroso en el inglés de *bêche-de-mer*: «Yo fella demasiado miedo dentro bush. Malo fella chico, demasiado quedarse dentro bush».

Bassett sonrió con tristeza al recuerdo. El muchacho de Nueva Hanóver había tenido miedo, pero resultó ser fiel, siguiéndolo sin vacilar hacia la selva en busca del origen del prodigioso sonido. Aquel no era ningún tronco ahuecado a fuego palpitando el llamado de guerra por las profundidades de la jungla —había concluido Bassett. Errónea había sido su siguiente conclusión, a saber, que el origen o causa no podía hallarse a más de una hora a pie, y que regresaría fácilmente a media tarde para que lo recogiera la ballenera del Nari.

«Ese gran fella ruido no bueno, igual que diablo-diablo», había dictaminado Sagawa. Y Sagawa había tenido razón. ¿Acaso no le habían cortado la cabeza antes de que acabara el día? Bassett se estremeció. Sin duda también habían comido a Sagawa los «malo fella chicos demasiado» que se quedaban en la selva. Podía verlo tal como lo había visto por última vez, despojado de la escopeta y de todos los enseres del naturalista, tendido en el angosto sendero donde lo habían decapitado apenas un momento antes. Sí, en un minuto había ocurrido todo. Un minuto atrás, mirando hacia atrás, Bassett lo había visto caminar pacientemente bajo su carga. Luego le llegó su propio apuro. Contempló los muñones cruelmente cicatrizados del índice y el dedo corazón de la mano izquierda, y los frotó suavemente contra la hendidura en la nuca. Por rápido que fue el destello del hacha de mango largo, él fue lo bastante rápido para esquivar la cabeza y desviar parcialmente el golpe con la mano alzada. Dos dedos y una herida superficial en el cuero cabelludo fue el precio que pagó por su vida. Con un cañón de su escopeta del

calibre diez dio muerte al hombre de la selva que tan a punto estuvo de matarlo; con el otro cañón barrió a los salvajes que se inclinaban sobre Sagawa, y tuvo la satisfacción de saber que la mayor parte de la carga había alcanzado al que saltó huyendo con la cabeza de Sagawa. Todo había ocurrido en un destello. Solo él, el salvaje muerto y lo que quedaba de Sagawa estaban en el angosto rastro de jabalíes que hacía de sendero. De la selva oscura a ambos lados no llegaba el menor susurro de movimiento ni sonido de vida. Y había sufrido una sacudida distinta y terrible. Por primera vez en su vida había matado a un ser humano, y sintió náuseas al contemplar el estropicio de su obra.

Entonces había comenzado la persecución. Retrocedió por el rastro de jabalíes ante sus cazadores, que estaban entre él y la playa. Cuántos eran, no podía calcularlo. Podían ser uno o cien, a juzgar por lo que de ellos veía. Que algunos trepaban a los árboles y viajaban entre la bóveda de la selva lo tenía por seguro; pero en el mejor de los casos no llegó a distinguir más que un aletear ocasional de sombras. No oyó ningún chasquido de cuerda de arco; pero cada poco, disparadas desde quién sabía dónde, pequeñas flechas le silbaban al pasar o se clavaban en los troncos y caían revoloteando al suelo a su lado. Eran de punta de hueso y emplumadas, y las plumas, arrancadas del pecho de colibríes, irisdescían como joyas.

Una vez —y ahora, tras el largo transcurso del tiempo, cacareó de alegría al recordarlo— había detectado una sombra por encima de él que quedó inmóvil al instante en cuanto alzó la vista. No distinguía nada, pero, decidido a arriesgarse, le disparó una pesada carga del número cinco. Chillando como un gato enfurecido, la sombra se desplomó entre helechos arborescentes y orquídeas y golpeó la tierra a sus pies, y, sin dejar de chillar su rabia y su dolor, le hundió los dientes humanos en el tobillo de su bota de montaña. Él, por su parte, no estuvo ocioso, y con el pie libre hizo lo que redujo los chillidos al silencio. Tan curtido en la barbarie se había vuelto Bassett desde entonces que volvió a carcajearse con el deleite del recuerdo.

¡Qué noche había seguido a aquello! Poca sorpresa que hubiera acumulado tal virulencia y variedad de fiebres, pensó, al recordar esa noche de tormento sin sueño, cuando el latido de las heridas no era nada comparado con las innumerables picaduras de los mosquitos. No había manera de escapar de ellos, y no se había atrevido a encender un fuego. Literalmente le habían bombeado el cuerpo de veneno, de modo que, con la llegada del día, con los ojos casi cerrados por la hinchazón, había avanzado a trompicones casi ciego, sin importarle ya mucho cuándo le cortarían la cabeza y su cadáver emprendería el camino del de Sagawa hacia el fuego de cocinar. Veinticuatro horas habían hecho de él un despojo —de mente tanto como de cuerpo. Apenas había conservado el juicio, tan enloquecido estaba por la tremenda inoculación de veneno que había recibido. Varias veces disparó la escopeta con efecto contra las sombras que lo perseguían. Los insectos urticantes del día y los mosquitos se sumaron a su tormento, mientras sus heridas sangrantes atraían nubes de moscas repugnantes que se pegaban perezosamente a su carne y había que apartar y aplastar.

Una vez, en aquel día, volvió a oír el prodigioso sonido, al parecer más distante, pero alzándose imperioso por encima de los tambores de guerra cercanos en la selva. Ahí mismo estaba el error que cometió. Creyendo que lo había dejado atrás y que, por tanto, estaba entre él y la playa de Ringmanu, había avanzado de regreso hacia él cuando en realidad se adentraba cada vez más en el misterioso corazón de la isla inexplorada. Aquella noche, arrastrándose entre las retorcidas raíces de una higuera de Bengala, se había dormido de agotamiento mientras los mosquitos disponían de él a su antojo.

Siguieron días y noches que en su memoria eran vagos como pesadillas. Una visión clara que recordaba era la de encontrarse de repente en medio de una aldea de la selva y ver a los ancianos y a los niños huir hacia la jungla. Todos habían huido salvo uno. Un gemido como de algún animal herido y aterrorizado, procedente de cerca y de arriba, lo sobresaltó. Y al alzar la vista la vio: una muchacha, o más bien una mujer joven, colgada de un brazo bajo el

sol abrasador. Quizás llevaba así colgada varios días. Su lengua hinchada y saliente así lo decía. Aún viva, lo miraba con ojos de terror. Más allá de todo socorro, decidió al reparar en la hinchazón de sus piernas, que delataba que las articulaciones estaban aplastadas y los huesos mayores rotos. Resolvió dispararle, y ahí terminaba la visión. No podía recordar si lo había hecho o no, como tampoco podía recordar cómo había llegado a aquella aldea ni cómo había conseguido salir de ella.

Muchas imágenes inconexas iban y venían en la mente de Bassett mientras repasaba aquel período de sus terribles vagabundeos. Recordaba haber irrumpido en otra aldea de una docena de casas y haber ahuyentado a todos con la escopeta salvo a un anciano demasiado débil para huir, que le escupió y gimoteó y gruñó mientras él desenterraba un horno en el suelo y de entre las piedras calientes sacaba un cerdo asado que exhalaba su esencia deliciosa a través de su envoltura de hojas verdes. Fue en ese lugar donde le había acometido un capricho de salvajismo. Tras comer, dispuesto a partir con una paletilla del cerdo en la mano, prendió fuego deliberadamente a la paja del tejado de una casa con su lupa.

Pero lo que más profundamente quedó grabado en el cerebro de Bassett fue la selva húmeda y pestilente. Apestaba literalmente a maldad, y era siempre penumbra. Rara vez penetraba un rayo de sol a través de su techo entretejido, a treinta metros de altura. Y bajo aquel techo había una llovizna aérea de vegetación, una monstruosa, parasitaria destilación de formas de vida decadentes que arraigaban en la muerte y vivían de la muerte. Y a través de todo aquello iba a la deriva, siempre perseguido por las sombras fugaces de los antropófagos, ellos mismos fantasmas del mal que no se atrevían a hacerle frente en batalla pero que sabían que, tarde o temprano, se alimentarían de él. Bassett recordaba que en aquella época, en los momentos lúcidos, se había comparado a sí mismo con un toro herido perseguido por coyotes de la llanura demasiado cobardes para luchar con él por su carne, pero seguros del inevitable fin de él, cuando quedarían bien hartos. Como los cuernos y los cascos del toro mantenían a raya a los coyotes, su escopeta

mantenía a raya a aquellos isleños de Salomón, aquellas sombras crepusculares de hombres de la selva de la isla de Guadalcanal.

Llegó el día de los prados. Bruscamente, como si hubiera sido partido por la espada de Dios en mano de Dios, la jungla terminó. Su borde, perpendicular y tan oscuro como su infamia, medía unos treinta metros de altura. Y, comenzando en ese borde, crecía la hierba: suave, tierna, delicada hierba de prado que habría deleitado los ojos y los rebaños de cualquier labrador, y que se extendía, sin fin aparente, a lo largo de leguas y más leguas de aterciopelada verdura, hasta la columna vertebral de la gran isla, la cordillera imponente alzada por algún antiguo cataclismo terrestre, dentada y surcada de barrancos pero aún no borrada por las erosivas lluvias tropicales. Pero ¡la hierba! Se había arrastrado hasta ella una docena de pasos, había enterrado el rostro en ella, la había olido y se había deshecho en un llanto involuntario.

Y mientras lloraba, el prodigioso sonido había resonado —si es que «resonar» puede considerarse descripción adecuada de la enunciación de un sonido tan vasto y de una dulzura disolvente. Dulce era, como ningún sonido escuchado jamás. Vasto era, con una resonancia tan poderosa que podría haber brotado de algún monstruo de garganta de bronce. Y sin embargo, lo llamó desde aquella sabana de leguas de ancho, y fue como una bendición para su espíritu largamente sufrido y dolorido.

Recordó cómo había yacido allí en la hierba, con las mejillas húmedas pero ya sin sollozar, escuchando el sonido y preguntándose cómo había podido oírlo en la playa de Ringmanu. Algún capricho de presiones y corrientes de aire, reflexionó, habría hecho posible que el sonido viajara tan lejos. Tales condiciones podrían no repetirse en mil días ni en diez mil días, pero el único día en que se habían dado había sido el día en que desembarcó del Nari para coleccionar durante unas horas. Especialmente había ido en busca de la famosa mariposa de la selva, de treinta centímetros de envergadura, tan aterciopeladamente oscura en su falta de color como la penumbra del techo, de hábitos arbóreos tan elevados que frecuentaba solo la

cúpula de la selva y solo podía abatirse con una carga de perdigones. Para ese fin había llevado Sagawa la escopeta del calibre diez.

Dos días y dos noches había pasado arrastrándose a través de aquella franja de pastizales. Había sufrido mucho, pero la persecución había cesado en el borde de la selva. Y habría muerto de sed si una fuerte tormenta no lo hubiera revivido el segundo día.

Y entonces había llegado Balatta. A la primera sombra, donde la sabana cedía a la densa selva de montaña, se había desplomado para morir. Al principio ella había lanzado un chillido de deleite ante su indefensión y se disponía a destrozarle el cráneo con un grueso palo del bosque. Quizás fue su indefensión absoluta la que le llegó, y quizás fue su curiosidad humana la que la hizo contenerse. El caso es que se contuvo, pues él abrió de nuevo los ojos ante el golpe inminente y la vio estudiándolo atentamente. Lo que más le llamó la atención fueron sus ojos azules y su piel blanca. Con frialdad se había puesto en cuclillas, le escupió en el brazo y con la yema de los dedos restregó la suciedad de días y noches de cieno y selva que empañaba la blancura prístina de su piel.

Y todo en ella le había llamado la atención especialmente, aunque nada en ella tenía nada de convencional. Rió débilmente al recordarlo, pues era tan inocente de ropas como Eva antes del episodio de la hoja de higuera. Al mismo tiempo rechoncha y enjuta, de miembros asimétricos, musculatura fibrosa como de cuerdas, cubierta de suciedad desde la infancia salvo por chaparrones ocasionales, era el prototipo de mujer más poco agraciado que él, con ojo de científico, hubiera contemplado jamás. Sus pechos proclamaban al mismo tiempo su madurez y su juventud; y, si por nada más, su sexo quedaba proclamado por el único adorno con que se adornaba, a saber, un rabo de cerdo atravesado en un agujero del lóbulo de la oreja izquierda. Tan recientemente había sido cortado el rabo que su extremo en carne viva aún rezumaba sangre que se secaba en su hombro como si fueran goteras de vela. ¡Y su cara! Un complejo retorcido y arrugado de rasgos simianos, perforado por

fosas nasales mongólicas vueltas hacia arriba y abiertas al cielo, por una boca que se hundía desde un labio superior enorme y se desvanecía precipitadamente en una barbilla huidiza, por unos ojos escrutadores y quejumbrosos que parpadeaban como parpadean los ojos de los moradores de las jaulas de monos.

Ni siquiera el agua que le trajo en una hoja del bosque, ni el añejo y medio putrefacto trozo de cerdo asado, podían redimir en lo más mínimo su grotesca fealdad. Cuando había comido débilmente por un rato, cerró los ojos para no verla, aunque ella los volvía a abrir una y otra vez para escudriñar el azul de ellos. Luego llegó el sonido. Más cercano, mucho más cercano lo sabía él; e igualmente sabía, pese al penoso camino recorrido, que aún estaba a muchas horas de distancia. El efecto sobre ella había sido sobresaltador. Se encogió bajo él, con el rostro vuelto, gimiendo y parloteando de miedo. Pero después de que hubiera vivido su plena vida de una hora, él cerró los ojos y se quedó dormido mientras Balatta le espantaba las moscas.

Cuando despertó era de noche y ella se había ido. Pero notó fuerzas renovadas, y, para entonces ya demasiado bien inoculado por el veneno de los mosquitos para sufrir mayor inflamación, cerró los ojos y durmió un trecho sin interrupciones hasta el amanecer. Poco después había regresado Balatta trayendo consigo a media docena de mujeres que, poco agraciadas como eran, evidentemente no lo eran tanto como ella. Con su conducta demostró que lo consideraba su hallazgo, su propiedad, y el orgullo que ponía en exhibirlo habría resultado irrisorio si su situación no hubiera sido tan desesperada.

Más tarde, tras lo que para él había sido un penoso viaje de kilómetros, cuando se derrumbó frente a la casa del diablo-diablo a la sombra del árbol del pan, ella mostró ideas muy vivas respecto a retener la posesión de él. Ngurn, a quien Bassett llegaría a conocer después como el médico-brujo, sacerdote o curandero de la aldea, había querido su cabeza. Otros de los hombres-mono que reían y parloteaban, tan desnudos de ropa y tan bestiales de aspecto como

Balatta, habían querido su cuerpo para el horno de asar. En aquel momento aún no entendía su lengua, si es que podía dignificarse con ese nombre los sonidos toscos que empleaban para representar ideas. Pero Bassett había entendido perfectamente el asunto del debate, especialmente cuando los hombres le apretaban y pinchaban y palpaban la carne como si fuera género en el mostrador de una carnicería.

Balatta estaba perdiendo el debate rápidamente cuando ocurrió el accidente. Uno de los hombres, examinando con curiosidad la escopeta de Bassett, consiguió amartillarla y apretar un gatillo. El retroceso de la culata contra el estómago del hombre no había sido el resultado más cruento, pues la carga de perdigones, a un metro de distancia, había reducido a la nada la cabeza de uno de los debatientes.

Incluso Balatta se unió a los demás en la huida, y, antes de que regresaran, con los sentidos ya turbados por el inminente ataque de fiebre, Bassett había recuperado la posesión del arma. Acto seguido, aunque le castañeteaban los dientes con el escalofrío y sus ojos turbios apenas veían, se mantuvo aferrado a su conciencia que se desvanecía hasta poder intimidar a los hombres de la selva con las sencillas magias de la brújula, el reloj, la lupa y las cerillas. Al final, con el énfasis debido de solemnidad y sobrecogimiento, mató a un cerdo joven con la escopeta y se desmayó al instante.

Bassett flexionó los músculos de los brazos en busca de cuanta fuerza posible pudiera residir en semejante debilidad, y se incorporó lenta y vacilantemente. Estaba emaciado hasta dar espanto; sin embargo, durante las diversas convalecencias de los muchos meses de su larga enfermedad, nunca había recobrado el mismo grado de fuerza que esta vez. Lo que temía era una nueva recaída como las que ya había sufrido con frecuencia. Sin medicamentos, sin siquiera quinina, había logrado sobrevivir hasta entonces a una combinación de las más perniciosas y malignas fiebres palúdicas y de aguas negras. ¿Pero podría seguir resistiendo? Esa era su pregunta eterna.

Pues, como el genuino científico que era, no estaría dispuesto a morir antes de haber resuelto el secreto del sonido.

Apoyado en un bastón, trastabilló los pocos pasos hasta la casa del diablo-diablo, donde la muerte y Ngurn reinaban en la penumbra. Casi tan infamemente oscura y pestilente como la selva era la casa del diablo-diablo —en opinión de Bassett. Sin embargo, en ella solía encontrarse a su compañero preferido para charlar y conversar, Ngurn, siempre dispuesto para una historia o una discusión, mientras permanecía sentado en las cenizas de los muertos y en un lento humo daba vuelta hábilmente a las cabezas humanas en curación que colgaban de las vigas. Pues a través de los meses de consciencia de su larga enfermedad, Bassett había dominado las simplezas psicológicas y las dificultades lingüísticas del idioma de la tribu de Ngurn y Balatta y Vngngn —este último el joven jefe imbécil gobernado por Ngurn, y que, según rumoreaba la intriga, era hijo de Ngurn.

—¿Hablará hoy el Rojo? —preguntó Bassett, ya tan acostumbrado a la macabra ocupación del anciano que hasta tomaba interés en el progreso del ahumado.

Con ojo de experto, Ngurn examinó la cabeza concreta en que trabajaba.

—Pasarán diez días antes de que pueda decir «listo» —dijo—. Nunca nadie ha curado cabezas como estas.

Bassett sonrió interiormente ante la reticencia del viejo a hablar con él del Rojo. Siempre había sido así. Nunca, por ninguna casualidad, habían revelado Ngurn ni ningún otro miembro de la extraña tribu el más mínimo indicio de ninguna característica física del Rojo. Físico tenía que ser el Rojo para emitir el prodigioso sonido, y aunque se le llamaba el Rojo, Bassett no podía estar seguro de que lo rojo representara su color. Bien rojas eran sus obras y poderes, a juzgar por las pistas abstractas que había reunido. No solo, le había informado Ngurn, era el Rojo más bestialmente poderoso que los dioses tribales vecinos, siempre

sediento de la sangre roja de sacrificios humanos vivos, sino que los propios dioses vecinos eran sacrificados y atormentados ante él. Era el dios de una docena de aldeas aliadas similares a esta, que era la aldea central y rectora de la federación. En virtud del Rojo, muchas aldeas ajenas habían sido devastadas e incluso arrasadas, con los prisioneros sacrificados al Rojo. Esto era cierto en el presente, y se extendía hacia atrás a la historia antigua transmitida de boca en boca a través de las generaciones. Cuando él, Ngurn, era joven, las tribus más allá de los pastizales habían hecho una incursión guerrera. En la contraincursión, Ngurn y sus guerreros habían hecho muchos prisioneros. Solo de niños, más de cien vivos habían sido desangrados ante el Rojo, y muchos, muchos más hombres y mujeres.

El Tronador era otro de los nombres que Ngurn daba a la misteriosa deidad. También se le llamaba a veces el Gran Vociferador, el de Voz de Dios, el de Garganta de Pájaro, el de la Garganta tan Dulce como la Garganta del Pájaro de la Miel, el Cantor del Sol y el Nacido de las Estrellas.

¿Por qué el Nacido de las Estrellas? En vano interrogaba Bassett a Ngurn. Según aquel viejo médico-brujo, el Rojo siempre había estado, justo donde estaba entonces, cantando y tronando eternamente su voluntad sobre los hombres. Pero el padre de Ngurn, envuelto en esteras de hierba en descomposición y colgado aún entonces sobre sus cabezas entre las vigas ahumadas de la casa del diablo-diablo, había sostenido otra cosa. Aquel sabio desaparecido creía que el Rojo había venido del cielo estrellado de la noche, de lo contrario —así discurría su argumento—, ¿por qué los viejos y olvidados habían transmitido su nombre como el Nacido de las Estrellas? Bassett no podía dejar de reconocer algo convincente en tal argumento. Pero Ngurn afirmaba los largos años de su larga vida en que había contemplado muchas noches estrelladas, y sin embargo nunca había encontrado una estrella en los pastizales ni en las profundidades de la selva —y las había buscado. Ciertamente, había visto estrellas fugaces (esto en respuesta al argumento de Bassett); pero también había visto la fosforescencia de hongos y carne

putrefacta y luciérnagas en las noches oscuras, y las llamas de hogueras de madera y de nueces ardientes; sin embargo, ¿qué eran llamas y resplandores y brillos cuando habían ardido y brillado? Respuesta: recuerdos, solo recuerdos, de cosas que habían dejado de ser, como recuerdos de apareamientos consumados, de banquetes olvidados, de deseos que eran los fantasmas de deseos, que ardían y llamaban y brillaban, pero irrealizados en la consecución del alivio y la satisfacción. ¿Dónde estaba el apetito de ayer? ¿La carne asada del jabalí que la flecha del cazador no logró abatir? ¿La doncella, sin casar y muerta antes de que el joven la conociera?

Un recuerdo no era una estrella, sostenía Ngurn. ¿Cómo podía un recuerdo ser una estrella? Además, tras toda su larga vida, seguía observando el cielo nocturno estrellado sin alteración. Nunca había advertido la ausencia de una sola estrella de su lugar acostumbrado. Por otra parte, las estrellas eran fuego, y el Rojo no era fuego — última traición involuntaria que a Bassett no le decía nada.

—¿Hablará el Rojo mañana? —preguntó.

Ngurn se encogió de hombros como queriendo decir que quién sabía.

—¿Y pasado mañana? ¿Y al día siguiente? —insistió Bassett.

—Me gustaría curar tu cabeza —cambió de tema Ngurn—. Es diferente de cualquier otra cabeza. Ningún diablo-diablo tiene una cabeza así. Además, la curaría bien. Me llevaría meses y meses. Las lunas vendrían y las lunas se irían, y el humo sería muy lento, y yo mismo recogería los materiales para el humo de la cura. La piel no se arrugará. Estaría tan suave como tu piel ahora.

Se puso en pie y, de las oscuras vigas, ennegrecidas por el ahumado de innumerables cabezas, donde el día no era más que una penumbra, descolgó un paquete envuelto en esteras y empezó a abrirlo.

—Es una cabeza como la tuya —dijo—, pero mal curada.

Bassett había aguzado el oído ante la sugerencia de que era la cabeza de un hombre blanco; pues hacía mucho que había llegado a aceptar que estos habitantes de la selva, en el centro más recóndito de la gran isla, nunca habían tenido contacto con hombres blancos. Desde luego los había encontrado sin el inglés de *bêche-de-mer* casi universal del Pacífico Sur occidental. Tampoco tenían conocimiento del tabaco ni de la pólvora. Sus pocos y preciados cuchillos, hechos de trozos de fleje de hierro, y sus pocas y más preciadas hachas de aros de toneles baratos, había supuesto que los habían capturado en la guerra a los hombres de la selva de más allá de los pastizales, que a su vez los habían obtenido de igual manera de los hombres de las aguas saladas que bordeaban las playas de coral de la costa y tenían contacto con los blancos ocasionales.

—La gente de fuera no sabe curar cabezas —explicó el viejo Ngurn, mientras sacaba del sucio envoltorio de esteras y ponía en manos de Bassett una cabeza de hombre blanco fuera de toda duda.

Antigua era, sin lugar a dudas; blanca era, como atestiguaba el cabello rubio. Habría jurado que en otro tiempo perteneció a un inglés, y a un inglés de muy atrás, según delataban los grandes aros de oro que aún estaban ensartados en los marchitos lóbulos de las orejas.

—Ahora tu cabeza... —empezó el médico-brujo con su tema favorito.

—Lo que te propongo —interrumpió Bassett, poseído de una nueva idea— es lo siguiente: cuando muera, te dejaré mi cabeza para que la cures, si antes me llevas a contemplar el Rojo.

—Tendré tu cabeza de todas maneras cuando estés muerto —rechazó Ngurn la proposición. Añadió, con la brutal franqueza del salvaje—: Además, no te queda mucho tiempo de vida. Estás casi muerto ya. Te irás debilitando. En no muchos meses te tendré aquí dando vueltas y más vueltas en el humo. Es agradable, en las largas tardes, dar vuelta a la cabeza de alguien a quien has conocido tan bien como yo te conozco a ti. Y te hablaré y te contaré los muchos

secretos que quieres saber. Lo que no importará, porque estarás muerto.

—Ngurn —amenazó Bassett con repentina ira—. Conoces el Pequeño Trueno de Hierro que es mío. —(Era en referencia a su escopeta todopoderosa y terrible.) —Puedo matarte en cualquier momento, y entonces no obtendrás mi cabeza.

—Aun así la obtendrá Vngngn, o algún otro de los míos —le aseguró Ngurn tranquilamente—. Y aun así acabará dando vueltas en el humo en la casa del diablo-diablo. Cuanto más pronto me mates con tu Pequeño Trueno, más pronto dará vueltas tu cabeza en el humo.

Y Bassett supo que llevaba las de perder en la discusión.

¿Qué era el Rojo? —se preguntó Bassett mil veces en la semana siguiente, mientras parecía ganar fuerzas. ¿Cuál era el origen del prodigioso sonido? ¿Qué era este Cantor del Sol, este Nacido de las Estrellas, esta misteriosa deidad, de conducta tan bestial como los bestiales hombres-mono de cabeza rizada y negra que lo adoraban, cuyo cantar y mandar de plata dulce y boca de toro había escuchado a la distancia tabú durante tanto tiempo?

A Ngurn había fracasado en sobornarlo con la inevitable cura de su cabeza cuando muriera. Vngngn, imbécil y jefe que era, era demasiado imbécil, demasiado sometido al dominio de Ngurn, para ser tenido en cuenta. Quedaba Balatta, que desde el momento en que lo encontró y le abrió los ojos azules a la recrudescencia de su grotesca fealdad femenina, había continuado siendo su adoradora. Mujer era, y hacía mucho que sabía que la única manera de arrancarle la traición a su tribu era a través del corazón femenino que latía en ella.

Bassett era un hombre de refinamiento. Nunca se había recuperado del horror inicial provocado por la fealdad femenina de Balatta. En Inglaterra, aun en el mejor de los casos, el encanto de la mujer nunca había tenido en él mucho arraigo. Sin embargo, ahora, con la resolución que solo puede tener un hombre capaz de

martirizarse por la ciencia, procedió a violar todo el refinamiento y la delicadeza de su naturaleza haciéndole el amor a la inimaginablemente repugnante mujer de la selva.

Se estremeció, pero con el rostro vuelto ocultó sus muecas y sofocó el asco mientras ponía el brazo alrededor de sus hombros cubiertos de mugre y sentía el contacto de su pelo rancio, grasiento y rizado contra el cuello y la barbilla. Pero casi gritó cuando ella cedió a esa caricia ya desde el principísimo momento del cortejo y maulló y farfulló y soltó pequeños y extraños ruidos de deleite parecidos a los gruñidos de un cerdo. Era demasiado. Y lo siguiente que hizo en aquel singular cortejo fue llevarla al arroyo y darle un enérgico restregón.

Desde entonces se dedicó a ella como un verdadero pretendiente, con tanta frecuencia y durante tanto tiempo como su voluntad pudo imponerse a su repugnancia. Pero al matrimonio, que ella sugería ardientemente, con el debido cumplimiento de las costumbres tribales, se resistió. Afortunadamente, la regla del tabú era fuerte en la tribu. Así, Ngurn nunca podía tocar el hueso, la carne ni la piel del cocodrilo. Esto le había sido ordenado al nacer. A Vngngn le estaba vedado para siempre el contacto con las mujeres. Tal contaminación, si llegaba a ocurrir, solo podía purificarse con la muerte de la hembra infractora. Había ocurrido una vez desde la llegada de Bassett, cuando una niña de nueve años, corriendo en un juego, tropezó y cayó contra el sagrado jefe. Y la niña no volvió a verse. Entre susurros, Balatta le contó a Bassett que había tardado tres días y tres noches en morir ante el Rojo. En cuanto a Balatta, el árbol del pan le estaba vedado. Por lo cual Bassett estaba agradecido. El tabú podría haber sido el agua.

Para sí mismo fabricó un tabú especial. Solo podría casarse, explicó, cuando la Cruz del Sur alcanzara su punto más alto en el cielo. Conociendo su astronomía, obtuvo así una prórroga de casi nueve meses; y confiaba en que en ese tiempo habría muerto o escapado a la costa con pleno conocimiento del Rojo y del origen de la prodigiosa voz del Rojo. Al principio había supuesto que el Rojo

era alguna estatua colosal, como el Memnón, que se volvía vocal bajo ciertas condiciones de temperatura y luz solar. Pero cuando, tras una incursión guerrera, se traía un lote de prisioneros y el sacrificio se hacía de noche, en medio de lluvia, cuando el sol no podía intervenir, y el Rojo había sido más vocal que de costumbre, Bassett descartó esa hipótesis.

En compañía de Balatta, a veces con hombres y grupos de mujeres, tenía la libertad de la selva en tres cuadrantes del compás. Pero el cuarto cuadrante, que contenía la morada del Rojo, estaba vedado. Le hizo el amor aún más a fondo a Balatta —y también se ocupó de que se restregara más frecuentemente. Hembra eterna era ella, capaz de cualquier traición por amor. Y aunque la visión de ella provocaba náuseas y el contacto de ella provocaba desesperación, aunque no podía escapar de su fealdad en las pesadillas que lo acosaban, era no obstante consciente de la verdad cósmica del sexo que la animaba y que hacía que su propia vida valiera menos que la felicidad del amante con quien esperaba unirse. ¿Julieta o Balatta? ¿Dónde estaba la diferencia intrínseca? ¿El producto suave y tierno de la ultracivilización, o su prototipo bestial de cien mil años atrás? No había diferencia alguna.

Bassett era primero científico, y después humanista. En el corazón de la selva de Guadalcanal sometió el asunto a prueba, como en el laboratorio habría sometido a prueba cualquier reacción química. Intensificó el ardor fingido hacia la mujer de la selva, al mismo tiempo aumentando el imperio de su voluntad de deseo sobre ella para ser conducido a contemplar al Rojo cara a cara. Era la vieja historia, reconoció, de que la mujer debe pagar, y ocurrió cuando los dos, un día, estaban pescando el diminuto pez negro sin clasificar ni nombrar, de unos dos centímetros y medio de largo, mitad anguila y mitad escamoso, redondo de huevas dorado-salmón, que frecuentaba el agua dulce y era considerado, crudo y entero, fresco o putrefacto, un manjar exquisito. Tendida boca abajo en el fango del suelo de la selva en descomposición, Balatta se arrojó a sus pies, aferrándole los tobillos con las manos, besándole los pies y emitiendo ruidosos sonidos que le helaban la columna de arriba

abajo. Le suplicó que la matara antes que exigirle este pago de amor supremo. Le habló del castigo por quebrantar el tabú del Rojo —una semana de tortura en vida, cuyos detalles vomitó con el rostro en el barro hasta que él comprendió que era aún un novato en el conocimiento de lo espantoso que el ser humano era capaz de infligir al ser humano.

Con todo, Bassett insistió en satisfacer su voluntad viril, a riesgo de la mujer, para resolver el misterio del canto del Rojo, aunque ella debiera morir lenta y horrorosamente y entre gritos. Y Balatta, siendo mera mujer, cedió. Lo condujo al cuadrante prohibido. Una montaña abrupta, que se adentraba desde el norte para encontrarse con una intrusión similar desde el sur, atormentaba el arroyo en que habían pescado convirtiéndolo en una garganta profunda y sombría. Después de una milla por la garganta, el camino se elevaba bruscamente hasta cruzar una silla de caliza desnuda que atrajo su ojo de geólogo. Siguiendo trepando, aunque se detenía a menudo por pura debilidad física, escalaron alturas cubiertas de bosque hasta emerger en una meseta o altiplano desnudo. Bassett reconoció la composición del lugar como arena volcánica negra, y supo que un imán de bolsillo podría haberse cargado de los granos angulosos que pisaba.

Y entonces, llevando a Balatta de la mano y conduciéndola adelante, llegó a ello: un pozo tremendo, evidentemente artificial, en el corazón de la meseta. La vieja historia, las Instrucciones de Navegación del Pacífico Sur, decenas de datos y connotaciones recordados, raudos y furiosos, se agolparon en su cerebro. Fue Mendaña quien había descubierto las islas y las llamó de Salomón, creyendo que había encontrado las legendarias minas de ese monarca. Se habían reído de la credulidad infantil del viejo navegante; y sin embargo aquí estaba él mismo, Bassett, en el borde de una excavación exactamente como los pozos de diamantes de Sudáfrica.

Pero ningún diamante era lo que contemplaba. Era más bien una perla, con la profundidad de iridiscencia de una perla; pero de un

tamaño que todas las perlas de la tierra y del tiempo, fundidas en una sola, no podrían haber igualado; y de un color que en ninguna perla se había soñado, ni en ninguna otra cosa, ya que era el color del Rojo. Y el propio Rojo supo al instante que era. Una esfera perfecta, de unos sesenta metros de diámetro, su parte superior estaba unos treinta metros por debajo del nivel del borde. La calidad de su color la comparó con la laca. La tomó en efecto por algún tipo de laca, aplicada por el hombre, pero una laca demasiado maravillosamente hábil para haber sido fabricada por los habitantes de aquella selva. Más brillante que el rojo cereza más vivo, la riqueza de su color era como si el rojo estuviera construido sobre rojo. Brillaba e irisaba a la luz del sol como si reluciera desde capas y más capas de rojo subyacentes.

En vano trató Balatta de disuadirlo de bajar. Se tiró al suelo; pero cuando él continuó descendiendo por el sendero en espiral que bordeaba la pared del pozo, ella le siguió, encogida y gimiendo de terror. Que la esfera roja había sido excavada como una cosa preciosa era evidente. Teniendo en cuenta la escasez de miembros de los doce pueblos federados y sus herramientas y métodos primitivos, Bassett sabía que el trabajo de una miríada de generaciones apenas habría podido hacer aquella enorme excavación.

Encontró el fondo del pozo alfombrado de huesos humanos, entre los cuales, maltrechos y desfigurados, yacían ídolos de aldea de madera y piedra. Algunos, cubiertos de figuras y diseños totémicos obscenos, estaban tallados en troncos de árboles de doce a quince metros de largo. Advirtió la ausencia de los ídolos del tiburón y la tortuga, tan comunes en las aldeas de la costa, y se asombró ante la recurrencia constante del motivo del yelmo. ¿Qué sabían estos salvajes de la selva del oscuro corazón de Guadalcanal sobre yelmos? ¿Habían penetrado los soldados con armadura de Mendaña hasta aquí siglos atrás? Y si no, ¿de dónde habían cogido los hombres de la selva el motivo?

Avanzando sobre el montón de ídolos y huesos, con Balatta gimoteando a sus talones, Bassett entró en la sombra del Rojo y siguió hasta su gigantesca curvatura inferior hasta tocarlo con las yemas de los dedos. No era laca. Ni tampoco la superficie era lisa como debería ser en el caso de la laca. Al contrario, estaba corrugada y picada, con aquí y allá zonas que mostraban señales de calor y fusión. Además, la sustancia era metal, aunque diferente de cualquier metal, o combinación de metales, que hubiera conocido jamás. En cuanto al color mismo, decidió que no era un revestimiento. Era el color intrínseco del propio metal.

Deslizó las yemas de los dedos, que hasta entonces solo habían reposado, por la superficie, y sintió que la colosal esfera entera se animaba, vivía y respondía. ¡Era increíble! ¡Una caricia tan leve sobre una masa tan vasta! Y sin embargo temblaba bajo la caricia de las yemas en vibraciones rítmicas que se convertían en susurros y rumores y murmullos de sonido —pero de un sonido tan diferente; tan elusivamente tenue que era estremecedoramente sibilante; tan suave que era dulzura enloquecedora, silbando como un cuerno élfico, que era exactamente lo que Bassett decidió que debía de ser como un repique procedente de alguna campana de los dioses que alcanzara la tierra desde el otro lado del espacio.

Miró a Balatta con rápida interrogación; pero la voz del Rojo que había evocado la había arrojado de bruces, gimiendo entre los huesos. Volvió a la contemplación del prodigio. Hueco era, y de ningún metal conocido en la tierra, fue su conclusión. Estaba bien llamado por los antiguos el Nacido de las Estrellas. Solo de las estrellas podría haber venido, y no era cosa del azar. Era una creación del arte y de la mente. Tal perfección de forma, tal hueco que con certeza poseía, no podía ser resultado de la mera casualidad. Hijo de inteligencias, remotas e inimaginables, que trabajaban corporalmente con metales, indudablemente lo era. Lo contempló asombrado, con el cerebro en un torbellino de hipótesis encendidas para dar cuenta de este viajero lejano que había aventurado la noche del espacio, enhebrado las estrellas, y ahora se

alzaba ante él y sobre él, exhumado por pacientes antropófagos, picado y laqueado por su baño ardiente en dos atmósferas.

Pero ¿era el color una laca de calor sobre algún metal conocido? ¿O era una cualidad intrínseca del propio metal? Introdujo la punta azul de su navaja de bolsillo para probar la constitución de la materia. Al instante la esfera entera estalló en un poderoso susurro, agudo de protesta, casi vibrantemente dorado, si es que un susurro puede considerarse vibrante, que subía y bajaba, los dos extremos del registro del sonido amenazando con completar el círculo y fundirse en el tronante estruendo de boca de toro que tantas veces había oído más allá de la distancia tabú.

Olvidado de su seguridad, de su propia vida, arrebatado por la maravilla de lo inconcebible e inimaginable, alzó el cuchillo para asestar un golpe fuerte con un largo movimiento, pero Balatta se lo impidió. Se irguió de rodillas en una agonía de terror, abrazándole las rodillas y suplicándole que desistiera. En la intensidad de su deseo de impresionarlo, se puso el antebrazo entre los dientes y se los clavó hasta el hueso.

Él apenas observó el acto, aunque cedió automáticamente a sus instintos más delicados y retuvo el golpe del cuchillo. Para él, la vida humana había quedado reducida a proporciones microscópicas ante este colosal presagio de vida superior proveniente de las distancias del universo sidéreo. Como si ella hubiera sido un perro, pateó a la horrible mujercita de la selva para que se pusiera de pie y la obligó a iniciar con él un recorrido circular de la base. A medio camino, encontró horrores. Incluso reconoció, entre los demás, el resto chamuscado por el sol de la niña de nueve años que había quebrado accidentalmente el tabú de personalidad del jefe Vngngn. Y entre lo que quedaba de los que ya habían pasado, encontró lo que quedaba de uno que aún no había pasado. En verdad los hombres de la selva se habían dado a sí mismos el nombre del Rojo, viéndose en su propia imagen, que se afanaban en aplacar y complacer con tales ofrendas rojas.

Más adelante, pisando siempre los huesos e imágenes de hombres y dioses que constituían el suelo de ese antiguo osario de sacrificio, llegó al artificio con que se hacía al Rojo enviar su llamada cantando tronadoramente a través de las cintas de selva y los pastizales hasta la lejana playa de Ringmanu. Simple y primitivo era, como lo era el arte consumado del Rojo. Un gran madero central, de casi quince metros de largo, curado por siglos de cuidado supersticioso, tallado en dinastías de dioses superpuestos unos sobre otros, cada uno con yelmo, cada uno sentado en la boca abierta de un cocodrilo, colgaba mediante cuerdas trenzadas de parásitos vegetales trepadores del vértice de un trípode formado por tres grandes troncos de bosque, ellos mismos tallados en sombras grotescas y sonrientes de los conceptos modernos del hombre sobre el arte y la divinidad. Del madero central golpeador colgaban cuerdas de plantas trepadoras con las que los hombres podían aplicar su fuerza y dirección. Como un ariete, ese madero central podía ser impulsado de frente contra la inmensa esfera roja iridiscente.

Aquí era donde Ngurn oficiaba y ejercía sus funciones religiosas para sí mismo y las doce tribus bajo sus órdenes. Bassett rió en voz alta, casi con locura, al pensar en este mensajero prodigioso, alado con inteligencia a través del espacio, que venía a caer en una fortaleza de hombres de la selva y a ser adorado por salvajes simianos, caníbales y cazadores de cabezas. Era como si el Mundo de Dios hubiera caído en el cieno putrefacto del abismo que subyace al fondo del infierno; como si los Mandamientos de Jehová hubieran sido presentados en piedra tallada a los monos de la jaula de simios del Zoo; como si el Sermón de la Montaña hubiera sido predicado en un manicomio rugiente de dementes.

Pasaron las lentas semanas. Las noches, por elección, las pasaba Bassett en el suelo de cenizas de la casa del diablo-diablo, bajo las cabezas que se balanceaban sin cesar y se curaban despacio. Su razón para ello era que estaba vedado al sexo menor de la mujer, y por ende era un refugio para él de Balatta, que se volvía cada vez más pertinazmente y peligrosamente amorosa mientras la Cruz del Sur subía en el cielo y marcaba la inminencia de sus nupcias. Sus

días los pasaba Bassett en una hamaca colgada a la sombra del gran árbol del pan frente a la casa del diablo-diablo. En este programa había interrupciones cuando, en los comas de sus devastadores ataques de fiebre, permanecía días y noches en la casa de las cabezas. Siempre luchaba por combatir la fiebre, por vivir, por seguir viviendo, por hacerse más fuerte de cara al día en que tuviera fuerza suficiente para atravesarse con los pastizales y la selva en franjas de más allá, y llegar a la playa, y a algún barco o goleta reclutadora de trabajadores, y de ahí a la civilización y a los hombres de la civilización, a quienes podría dar noticia del mensaje de otros mundos que yacía, oscuramente adorado por bestias humanas, en el negro corazón del centro de Guadalcanal.

Las otras noches, tendido hasta tarde bajo el árbol del pan, Bassett pasaba largas horas contemplando el lento ocaso de las estrellas occidentales más allá de la negra muralla de selva donde había sido empujada hacia atrás por el claro de la aldea. Poseedor de más que un conocimiento superficial de la astronomía, tomaba el placer del enfermo en especular sobre los moradores de los mundos invisibles de esos soles increíblemente remotos, para frecuentar cuyas casas de luz la vida surgía, tímida visitante, desde las criptas sin rayos de la materia. No podía concebir mejor los límites del tiempo que las fronteras del espacio. Ninguna especulación subversiva sobre el radio había sacudido su firme fe científica en la conservación de la energía y la indestructibilidad de la materia. Siempre y para siempre tenían que haber existido estrellas. Y sin duda, en ese fermento cósmico, todo tenía que ser comparativamente parecido, comparativamente de la misma sustancia o sustancias, salvo por los caprichos del fermento. Todo tenía que obedecer, o componer, las mismas leyes que corrían sin infracción a lo largo de toda la experiencia del hombre. Por tanto, razonaba y concluía, mundos y vida tienen que ser acompañantes de todos los soles, como lo son del particular de su propio sistema solar.

Incluso mientras yacía aquí, bajo el árbol del pan, una inteligencia que miraba a través de los abismos estrellados, así tenía que estar todo el universo expuesto al escrutinio incesante de innumerables

ojos, como los suyos, aunque indudablemente distintos, con detrás de ellos, por el mismo razonamiento, inteligencias que cuestionaban y buscaban el significado y la construcción del todo. Razonando así, sentía que su alma salía al encuentro de aquella augusta compañía, aquella multitud cuya mirada estaba eternamente sobre el tapiz del infinito.

¿Quiénes eran, qué eran, aquellos lejanos y superiores que habían tendido un puente sobre el cielo con su gigantesco mensaje rojo iridiscente que cantaba en el firmamento? Sin duda, y hace mucho, también ellos habían recorrido el camino por el que el hombre había puesto sus pies tan recientemente, en el calendario del cosmos. Y para poder enviar un mensaje a través del abismo del espacio, sin duda habían alcanzado esas alturas a las que el hombre, entre lágrimas y afanes y sudor de sangre, en la oscuridad y confusión de muchos consejos, se debatía tan lentamente. ¿Y qué eran en sus alturas? ¿Habían alcanzado la Fraternidad? ¿O habían aprendido que la ley del amor imponía la pena de la debilidad y la decadencia? ¿Era la lucha, la vida? ¿Era la regla de todo el universo la despiadada regla de la selección natural? Y, y con mayor inmediatez y urgencia, ¿estaban sus conclusiones lejanas, sus sabidurías ganadas a largo plazo, encerradas incluso entonces en el enorme corazón metálico del Rojo, esperando a que el primer hombre de la tierra las leyera? De una cosa estaba seguro: ninguna gota de rocío rojo sacudida de la crin de león de algún sol en tormento era la esfera sonora. Era de diseño, no del azar, y contenía el habla y la sabiduría de las estrellas.

¡Qué motores y elementos y fuerzas dominadas, qué lore y misterios y controles del destino podría haber allí! Sin duda, ya que tanto puede encerrarse en algo tan pequeño como la piedra fundacional de un edificio público, esta enorme esfera debería contener vastas historias, abismos de investigación logrados más allá de las conjeturas más audaces del hombre, leyes y fórmulas que, fácilmente dominadas, elevarían la vida del hombre en la tierra, individual y colectiva, de su actual ciénaga a inconmensurables alturas de pureza y poder. Era el mayor regalo del Tiempo al hombre de ojos vendados, insaciable y que aspira al cielo. ¡Y a él, Bassett, se

le había concedido la magna fortuna de ser el primero en recibir este mensaje de los parientes interestelares del hombre!

Ningún hombre blanco, y mucho menos ningún foráneo de las otras tribus de la selva, había contemplado el Rojo y vivido. Tal era la ley expuesta por Ngurn a Bassett. Existía algo llamado hermandad de sangre. Bassett, en cambio, lo había argumentado a menudo en el pasado. Pero Ngurn había declarado solemnemente que no. Incluso la hermandad de sangre estaba fuera del favor del Rojo. Solo un hombre nacido dentro de la tribu podía mirar al Rojo y vivir. Pero ahora, con su secreto culpable conocido solo por Balatta, cuyos labios el temor a la inmolación ante el Rojo sellaba con rapidez, la situación era diferente. Lo que debía hacer era recuperarse de las abominables fiebres que lo debilitaban y llegar a la civilización. Entonces encabezaría una expedición de regreso, y aunque se destruyera a toda la población de Guadalcanal, extraería del corazón del Rojo el mensaje del mundo procedente de otros mundos.

Pero las recaídas de Bassett se hicieron más frecuentes, sus breves convalecencias cada vez menos vigorosas, sus períodos de coma más largos, hasta que llegó a saber, más allá de los últimos impulsos del optimismo inherente a una constitución tan tremenda como la suya, que nunca viviría para cruzar los pastizales, atravesar la peligrosa selva costera y llegar al mar. Se fue apagando mientras la Cruz del Sur subía en el cielo, hasta que incluso Balatta supo que estaría muerto antes de la fecha nupcial determinada por su tabú. Ngurn realizó su peregrinación personal y reunió los materiales de ahumado para la cura de la cabeza de Bassett, y le hizo con orgullo el anuncio y la exhibición de la perfecta artisticidad de su intención cuando Bassett hubiera muerto. En cuanto a él mismo, Bassett no se sobresaltó. Demasiado largo y demasiado profundamente había bajado la vida en él para morderle con el miedo a su inminente extinción. Continuó persistiendo, alternando períodos de inconsciencia con períodos de semiconsciencia, soñadores e irreales, en los que se preguntaba ociosamente si alguna vez había contemplado verdaderamente el Rojo o si era una fantasía de pesadilla delirante.

Llegó el día en que todas las brumas y telarañas se disolvieron, cuando encontró su cerebro claro como una campana y tomó una justa valoración de la debilidad de su cuerpo. Ni mano ni pie podía levantar. Tan escaso era el control que tenía sobre su cuerpo, que apenas era consciente de poseer uno. Levemente descansaba su carne sobre su alma, y su alma, en su breve claridad, sabía por su misma claridad que la negrura del cese estaba cerca. Supo que el fin estaba próximo; supo que con sus propios ojos había contemplado verdaderamente el Rojo, el mensajero entre los mundos; supo que nunca viviría para llevar ese mensaje al mundo —ese mensaje que, sin prueba de lo contrario, podría haber esperado que el hombre lo escuchara en el corazón de Guadalcanal durante diez mil años. Y Bassett se agitó con resolución, llamando a Ngurn junto a él, fuera, a la sombra del árbol del pan, y con el viejo médico-brujo discutiendo los términos y las disposiciones de su último esfuerzo vital, su aventura final en el vivo de la carne.

—Conozco la ley, Ngurn —concluyó el asunto—. El que no sea de la tribu no puede mirar al Rojo y vivir. Yo no viviré de todos modos. Tus jóvenes me llevarán ante la faz del Rojo, y lo contemplaré, y oiré su voz, y entonces moriré, de tu mano, Ngurn. Así quedarán satisfechas las tres cosas: la ley, mi deseo y tu más pronta posesión de mi cabeza para la que toda tu preparación espera.

A lo cual consintió Ngurn, añadiendo:

—Está bien así. Un hombre enfermo que no puede sanar es un necio si sigue viviendo por tan poco tiempo. También es mejor para los vivos que se vaya. Has ocupado mucho sitio últimamente. No es que no me haya ido bien hablar con alguien tan sabio. Pero durante muchas lunas hemos conversado poco. En cambio, has ocupado sitio en la casa de las cabezas, haciendo ruidos como un cerdo moribundo, o hablando mucho y en voz alta en tu propia lengua, que yo no entiendo. Esto ha sido una molestia para mí, pues me gusta meditar en las grandes cosas de la luz y la oscuridad mientras doy vuelta a las cabezas en el humo. Tu mucho ruido ha sido así una perturbación para el largo aprendizaje y la incubación de la sabiduría

final que será mía antes de que yo muera. En cuanto a ti, sobre quien las tinieblas ya se ciernen, es bueno que mueras ahora. Y te prometo que, en los largos días venideros, cuando dé vuelta a tu cabeza en el humo, ningún hombre de la tribu vendrá a molestarnos. Y te contaré muchos secretos, pues soy un anciano muy sabio, y seguiré añadiendo sabiduría a sabiduría mientras doy vuelta a tu cabeza en el humo.

Así que se hizo una litera y, llevado sobre los hombros de media docena de hombres, Bassett partió hacia la última pequeña aventura que iba a coronar para él la aventura total de vivir. Con un cuerpo del que apenas era consciente, pues incluso el dolor había sido agotado de él, y con un cerebro brillante y lúcido que le proporcionaba una callada exaltación de puro pensamiento claro, se recostó en la litera que se balanceaba y contempló el desvanecerse del mundo que pasaba, viendo por última vez el árbol del pan frente a la casa del diablo-diablo, la penumbra del día bajo el techo entretejido de la selva, la sombría garganta entre las montañas que se adentraban, la silla de caliza desnuda y la meseta de arena volcánica negra.

Por el camino en espiral del pozo lo bajaron, rodeando el Rojo refulgente e iridiscente que parecía eternamente a punto de transformar color y luz en dulce canto y trueno. Y sobre huesos y troncos de hombres y dioses inmolados lo llevaron, ante los horrores de otros inmolados que aún vivían, hasta el trípode de tres maderos y el gran madero central golpeador.

Aquí Bassett, ayudado por Ngurn y Balatta, se incorporó débilmente, oscilando débilmente desde las caderas, y con ojos claros, firmes y que todo lo veían, contempló el Rojo.

—Una vez, Ngurn —dijo, sin apartar los ojos de la superficie refulgente y vibrante en la que todos los matices del rojo cereza jugaban sin cesar, siempre a punto de convertirse en sonido, de hacerse rustido de seda, susurros plateados, vibraciones doradas de cuerdas, silencios aterciopelados de tierra élfica, distancias suaves de tronidos.

—Espero —lo instó Ngurn tras una larga pausa, con el hacha de mango largo discreta y lista en la mano.

—Una vez, Ngurn —repitió Bassett—, deja que el Rojo hable para que pueda verle hablar además de oírle. Luego golpea, así, cuando yo alce la mano; pues cuando alce la mano inclinaré la cabeza hacia delante y dejaré sitio al golpe en la base del cuello. Pero, Ngurn, yo, que estoy a punto de salir de la luz del día para siempre, quisiera salir con la voz prodigiosa del Rojo cantando poderosa en mis oídos.

—Y te prometo que nunca habrá una cabeza tan bien curada como la tuya —le aseguró Ngurn, dando al mismo tiempo la señal a los hombres de la tribu para que manejaran las cuerdas de propulsión suspendidas del madero central golpeador—. Tu cabeza será mi mayor obra en la cura de cabezas.

Bassett sonrió en silencio ante la vanidad del anciano, mientras el gran tronco tallado, retirado hacia atrás a lo largo de unos seis metros de espacio, era soltado. Al momento siguiente se perdió en el éxtasis ante la súbita y tronante liberación del sonido. ¡Pero qué trueno! Suave con la preciosidad de todos los metales que suenan. Hablaban arcángeles en él; era magníficamente hermoso antes que cualquier otro sonido; estaba investido de la inteligencia de superhombres de planetas de otros soles; era la voz de Dios, seductora y que mandaba a ser escuchada. Y —el milagro eterno de aquel metal interestelar— Bassett, con sus propios ojos, vio el color y los colores transformarse en sonido hasta que la entera superficie visible de la vasta esfera era un hervidero de movimiento, titilante y vaporoso, con lo que no podía decir si era color o era sonido. En ese momento los intersticios de la materia fueron suyos, y las interfusiones y entretejimientos de materia y fuerza.

Pasó el tiempo. Al cabo, Bassett fue traído de su éxtasis por un movimiento impaciente de Ngurn. Había olvidado por completo al viejo del diablo-diablo. Un rápido destello de imaginación trajo una risa ahogada a la garganta de Bassett. La escopeta yacía junto a él en la litera. Todo lo que tenía que hacer, cañón contra la cabeza, era apretar el gatillo y reducir su cabeza a la nada.

Pero ¿para qué engañarle? fue el siguiente pensamiento de Bassett. Cazador de cabezas, bestia caníbal humana que era mitad simio, sin embargo el viejo Ngurn había actuado, según sus luces, con más rectitud que la rectitud misma. Ngurn era en sí mismo un precursor de la ética y el contrato, de la consideración y la gentileza en el hombre. No, decidió Bassett; sería una pena espantosa y un acto de deshonor engañar al viejo en el último momento. Su cabeza era de Ngurn, y de Ngurn para curarla sería.

Y Bassett, alzando la mano en señal, inclinando la cabeza hacia delante según lo acordado para exponer limpiamente la articulación de su tensa médula espinal, olvidó a Balatta, que era solo una mujer, una mujer tan solo y nada más y no deseada. Supo, sin verlo, cuándo el hacha de filo de navaja se alzó en el aire a su espalda. Y en ese instante, antes del fin, cayó sobre Bassett la sombra de lo Desconocido, una sensación de prodigio inminente, del desgarrar de paredes ante lo inconcebible. Casi, cuando supo que el golpe había comenzado y justo antes de que el filo de acero mordiera la carne y los nervios, le pareció que contemplaba el sereno rostro de la Medusa, la Verdad. Y, simultáneamente con la mordedura del acero en el embate de las tinieblas, en un destello fulgurante de imaginación, vio la visión de su cabeza dando vueltas despacio, siempre dando vueltas, en la casa del diablo-diablo junto al árbol del pan.

FIN

Waikiki, Honolulu, 22 de mayo de 1916

¡GRACIAS POR LEER ESTE LIBRO DE
WWW.ELEJANDRIA.COM!

DESCUBRE NUESTRA COLECCIÓN DE LIBROS GRATIS DE
DOMINIO PÚBLICO EN CASTELLANO EN NUESTRA WEB